

tes muy preciosos. Porque aun las acciones más ordinarias hechas por obediencia se tornan muy grandes y muy agradables a la Majestad de Dios. Por el contrario, las obras más excelentes que salen de la voluntad propia, se vuelven pequeñas a los ojos de Dios. Lo da a entender el Espíritu Santo, por estas palabras: "Es mejor la obediencia que las víctimas". Lo que equivale a decir, que un acto pequeño de obediencia en lo mínimo, es más agradable a Dios y le da más gloria, que el acto más grande de religión que podamos hacer. La obediencia y la paciencia vencen todo, siendo la más gloriosa victoria que nosotros podemos conseguir la que consiste en vencer nuestro amor propio y voluntad para someternos a la de Dios y a la de los que le representan: "el varón obediente cantará victorias".

Las demás virtudes, dice San Gregorio, dan guerra al demonio. Pero la obediencia lo vence. Y no hay nada de qué extrañarse, ya que el verdadero obediente vence al mismo Dios y se le puede aplicar el dicho que el ángel dijo a Jacob: "Si fuiste fuerte contra Dios, ¿cuánto más vencerás a los hombres?"; "Sólo la obediencia, dice San Agustín, consigue la victoria y sólo la desobediencia es el verdugo del humano linaje, el poro que lo tortura".

Porque se debe afirmar con todo motivo que la Santísima Virgen es la que ha obrado con más perfección que cualquier otra criatura del universo, al no tener más voluntad que la de Dios, teniendo casi tanto amor ya aquí en la tierra que en el cielo.

Debemos imitarla en esto si nos preciamos de ser de sus devotos. Ante todo, trabajemos en combatir nuestro amor propio y nuestra voluntad para confundirla y anonadarla como a nuestro mayor enemigo, manantial de pecados y como principio único de todas nuestras maldades.

En segundo lugar, amoldando nuestra voluntad a la de Dios, queriéndola como a nuestro principio y origen de la que hemos salido nosotros de la nada y como

a nuestro fin único y centro de nuestras almas y de nuestros cuerpos, en el cual encontraremos tan sólo la paz y la perfecta dicha.

Venerémosla como a nuestra Reina y soberana, pidiendo a Dios que establezca su reinado en nuestro interior y en nuestro exterior y que haga desaparecer en nosotros todo lo que impida el cumplimiento de ella.

Amémosla como a nuestra buena Madre de la que hemos recibido el ser y la vida y pidámosla el saber regirnos y gobernarnos en todo según lo que a Ella le sea más agradable.

Mirémosla como a nuestro verdadero paraíso en la tierra en el que encontraremos la verdadera felicidad si la seguimos fielmente. En cambio, sabiendo que será para nosotros un verdadero infierno, maldición y desdicha el seguir nuestra voluntad.

Tengamos fe en la representación de nuestros Superiores, los que hacen las veces de Dios. Obedecerles a ellos es obedecerle a Él y desobedecerles es hacerle una injuria, se le contrista a Él cuando los entristecemos y es herirle a Él en la niña de los ojos el causarles cualquier injuria según la palabra del Evangelio: "El que a vosotros os escucha a mí me escucha, el que os desprecia me desprecia a mí. Y el que os toca me toca a mí en la pupila de mis ojos".

Merece alta estima la obediencia, obediencia que para que sea lo que debe ser ha de ejecutarse generosamente, alegre, pronta y puntualmente, exacta y fielmente, por amor de Dios y con deseo de cumplir su santísima voluntad, que se nos manifiesta por los mandamientos, por las leyes de la Iglesia, por el deber que nos incumbe y por cuantos ocupen entre nosotros la vez de Dios.

Oh Madre, te damos nuestra voluntad. Dadla a vuestro Hijo, y rogadle que la anonade y aniquile hasta establecer la suya en vez de la nuestra. Dadnos la gracia de que nuestro placer y alegría consista en seguirla perfectamente.



Cruzada

Boletín de la Cruzada Cordimariana mes de noviembre de 2016

San Juan Eudes: El Corazón admirable de la Madre de Dios. Sobre la Fidelidad del Corazón de María

Los tres «Fiat»

Si exceptuamos el muy amable Corazón de Jesús, no ha habido ni habrá jamás ni en el cielo ni en la tierra nadie en quien la voluntad reine con más perfección y gloria que en el Corazón Inmaculado de María.

En primer lugar, la Virgen tenía en la voluntad divina como el principio y origen de todo su ser y de toda su vida. De tal manera que en su obrar siempre se remontaba a esta voluntad, divina como a su primera causa.

En segundo lugar, venía a colocar esta voluntad de Dios como si ella fuera el centro de todas sus obras y el fin de todas sus empresas, en la íntima persuasión de que su fin en el mundo no era más que éste: cumplir el divino beneplácito en todas las cosas.

En tercer lugar, la Virgen miraba a esta voluntad divina como a su Reina y a su soberana, tanto que todos sus órdenes le eran muy queridas y respetadas y hubiese preferido mil muertes antes que desobedecerlas. Y así como la Majestad de Dios tenía sus amores en querer lo que Ella quería, lo mismo Ella tenía todas sus complacencias en querer lo que quisiera Dios.

En cuarto lugar, amaba y respetaba a esta voluntad divina como a su Paraíso, en el cual tenía todas sus complacencias. No sólo, para querer lo que Dios determine, sino aun para acomodarse al modo y manera del querer de Dios.

En quinto lugar, la voluntad de Dios la cumplía no sólo en sí misma, sino que

también en San José, su casto esposo, cumpliendo lo que él mandaba, como mandatario de Dios. Ya la cumplía también en los edictos del Emperador Augusto, aunque pagano e idólatra, en las leyes de Moisés, en todas las disposiciones de la divina Providencia sobre Jesús, sobre ella y sobre todos los seres. En todo esto se sometía como si fueran preceptos que a Ella hubiesen sido impuestos.

En sexto lugar, sin deber Ella obediencia más que a Dios, ya que, como Madre de Dios era dueña del cielo y de la tierra y tenía pleno derecho a mandar a todas las criaturas, sin embargo, ajustó su conducta al pie de la letra a lo que dicen las Escrituras: "Obedeced a toda humana criatura por Dios". Y así se sometía a superiores, iguales e inferiores y estaba dispuesta siempre a hacer antes la voluntad de los demás que la suya, con tal que no redundara ello en desagrado de Dios.

Qué más. Tanto fue este amor por la voluntad del cielo que vino a ser el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el corazón de su Corazón. Espíritu y corazón éste que le hicieron vivir una vida toda ella celestial, espíritu que informaba todas las potencias de su alma y todos los sentidos interiores y exteriores de su cuerpo, informando todos sus afectos, y haciendo que así soportara todas las aflicciones. Como su Hijo Jesús que dijo: Vine del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre. Mi manjar y mi bebida, es decir, toda mi

suerte y mi dicha, consiste en cumplir siempre y en todo la divina voluntad. Así pudo decir la Madre: Yo no he venido al mundo más que para cumplir la voluntad de mi Creador y mi gran placer está en servirle en todo.

Se lee en las obras de Santa Gertrudis, que hablando esta Santa cierto día a su Esposo le decía: "Te pido, Señor, y deseo con toda mi alma que tu santa voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas del modo que te resulte más agradable". Si esto sentía esta Santa, qué no sentiría la Reina de los santos; pues tuvo ciertamente más amor por la voluntad de Dios. Se puede afirmar que quedó totalmente transformada en la divina voluntad por el amor que la tenía. Bien la pudo aplicar Dios a Ella con mayor razón que lo que dice de la Iglesia por boca del Profeta Isaías: "Te llamarás mi Voluntad", que equivale a decir: ¡Eres mi Corazón, mi amor, mi esposa, mi muy amada, en la cual he puesto todas mis complacencias, ya que has tenido tanto amor a mi querer que te has transformado en él!

Finalmente, esta Voluntad de Dios estaba en Ella como en su morada, de la cual Ella tenía la llave y en la cual Ella gobernaba plenamente todo. Estaba la voluntad divina en Ella como en su reino, en el que reinaba única y magníficamente. Era su carro triunfal por el que triunfaba de todos sus enemigos. Era el cielo de su gloria en donde no hay nada que la contradiga, nada que no esté totalmente sometido a sus órdenes, nada que no haya sido empleado en adorarla y glorificarla eternamente.

LOS TRES FIAT DEL CORAZÓN DE MARÍA § 1. EL PRIMER FIAT

En el primer momento de su vida. Podemos decir de María lo que de Jesús se dice aplicándole aquellas palabras del Apóstol San Pablo: "Jesús, al entrar en el mundo dijo... He aquí que vengo al mundo, está escrito de mi al principio del libro de tus órdenes eternas, que debo cumplir la voluntad de tus mandamientos

eternos. Es lo que yo quiero, oh Dios mío. Dios mío, quise, y tu ley dentro en el medio de mi corazón. Como El, pues, desde el principio se entregó enteramente a cumplir la voluntad de su Padre, consagrándose a ello, así se debe decir de María. Porque la luz de la razón y de la fe que la llenaban ya en este instante, la descubrían que Dios no la había creado más que para que cumpliera su santa voluntad y que por consiguiente debía cumplirla y no se puede--poner en duda que ella emplearía todas las potencias de su alma y de su Corazón y toda la plenitud de la gracia para adorar, amar y cumplir la voluntad de su Hacedor, y para someterse totalmente a sus órdenes y todo lo que le agradara en el tiempo y en la eternidad. Y como la gracia que poseía estaba muy por encima de la gracia del más alto serafín, como ya lo hemos dicho, es cierto que verificado este primer acto de sumisión y con toda la fuerza del alma y de su gracia, dio con ello más gloria a Dios en este primer momento de su vida, que el más encumbrado de los serafines en su más alto amor, porque Ella se pronunció en este acto con más perfección, con más santidad y con más amor que el más perfecto de los serafines.

§ 2. EL SEGUNDO FIAT

El otro acto de obediencia a la divina Voluntad verificado por el Corazón de María, fue el consentimiento que prestó a la Encarnación, en la cual hay dos cosas dignas de notarse que abrillantan mucho este acto de obediencia.

La primera, el modo de dar este acto de obediencia. Fué con sumisión admirable pudiendo asegurar San Bernardo, como ya queda dicho, que mereció la Virgen más por este acto que todos los ángeles y todos los santos en todas sus santas acciones.

La segunda nota, es que cuando la Virgen prestó este su consentimiento a la voluntad de Dios para que se realizara en Ella el misterio de la Encarnación, Ella prefirió la obediencia a la misma divina

Maternidad, porque dió su consentimiento, no para ser Madre de Dios, sino por obedecer a Dios. "He aquí la esclava del Señor", dijo, lo que vale tanto como afirmar ante el ángel que la anunciaba el misterio de la Encarnación y por consiguiente que sería Madre de Dios. Consiento de buena gana lo que Dios quiere de su sierva, no por el honor que ello supone al ser Madre de Dios, sino obedecer a su soberana voluntad. Por lo que añadió: "Hágase en mi según tu palabra".

Esta obediencia a la santísima voluntad de Dios la sacó el divino fiat, hágase, que de algún modo es más admirable que el hágase que pronunció el Señor en la creación del Universo. Porque el fiat de la creación produjo el mundo. Mas por el fiat de María, Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios.

Por el fiat, el hagamos de Dios, fuimos nosotros creados para luego morir. Mas por el fiat de la Virgen nosotros fuimos rehechos y rehabilitados para vivir eternamente según la frase de San Bernardo: "Fuimos hechos por la palabra omnipotente de Dios y he aquí que morimos, en tu palabra tan breve debemos ser rehechos para que podamos llegar a la verdadera vida". Me atrevo a decir, dice San Anselmo, con todo atrevimiento de la Virgen Santísima, lo que San Juan afirmó del Verbo: "Sin El no fué hecho nada de cuanto fué creado, así sin Ella nada fué rehecho de cuanto fué reparado. El Omnipotente Dios dió más fuerza al fiat de la Virgen que al suyo. ¿Por qué? Porque el fiat de Dios es un fiat de imperio, mientras que el fiat de la Virgen es un fiat de obediencia".

¿Se puede decir algo más grande que esto en loor de la obediencia de la Virgen? ¡Cosa admirable! Dice San Bernardo: "Todo por las manos de María, de suerte que ni el mismo Dios se hubiera hecho hombre, de no haber dicho su fiat la Virgen". De igual manera dice San Andrés de Jerusalén: "Dijo Dios, hágase la luz... y todas las cosas fueron hechas.

Dijo María: "Hágase en mi según tu palabra", y fué hecha la más grande de todas las obras. El fiat de Dios es un fiat de mandato. El fiat de María lo es de obediencia. Por el fiat de Dios que manda, fué hecho el cielo. Por el fiat de la Virgen obedeciendo, fué hecha la Encarnación admirable del Verbo eterno.

§ 3. EL TERCER FIAT

La tercera obediencia admirable a la divina voluntad fué el consentimiento prestado a Dios para la Pasión y Muerte de su Hijo, consentimiento prestado con obediencia tan perfecta que si hubiese sido voluntad del Señor que Ella misma fuera el verdugo que lo sacrificara, lo, hubiera hecho como se aprestó a hacer el sacrificio de su hijo el obediente y fiel Abraham. La voluntad de Dios reinó siempre en su Corazón. Y se puede decir con toda razón que la voluntad de Dios tuvo su imperio en este Corazón más magnífico, más poderoso, más admirable que en todos los otros corazones que han sido, son y serán en el cielo y en la tierra.

¿No podremos aún añadir que reinó de alguna manera más gloriosamente en él que en la Santísima Trinidad? Porque, aunque la divina voluntad posea glorias y grandezas en la Divinidad, pero no puede haber allí ni superioridad, ni autoridad, ni reino, ni imperio, ni adoración para Ella. Cosa que sí existe con respecto al Corazón de María en donde puede ejercer un reino y un imperio eterno y del que puede recibir adoraciones de todos los santos.

Bendita sea mil veces esta Voluntad divina por todas las maravillas que ha obrado y obrará en el divino Corazón de la Madre de Dios. Alabanza inmortal a este divino Corazón por el honor que ha tributado y tributará siempre a la divina voluntad, gracias a su omnimoda y perfecta obediencia.

§ 4. NUESTRO «FIAT»

La obediencia es una virtud muy admirable que cambia el plomo en oro puro y las piedras comunes en diamantes.